

NOSOTROS LEEMOS.

Ahora y desde hace mucho, nos preocupa que los niños y niñas lean, que cuando acaben su escolarización sigan leyendo y que entre momento y momento, también lo hagan.

Pero a veces nos equivocamos, creemos que con leer “cualquier cosa” es suficiente y bueno. Utilizando un paralelismo muy socorrido diría que comer no es lo mismo que comer, y todo el mundo lo entiende y comparte, sabe que abusar de determinados alimentos, lejos de ser beneficioso, puede ser pernicioso para nuestra salud. ¿Por qué no hacemos lo mismo con los libros?

Hemos de tener cuidado y esmero y saber seleccionar nuestras lecturas. Para ello hemos de seguir unos criterios. Personalmente me fío de los criterios de gente especializada, y si es de un colectivo donde se han leído, discutido y analizado las diferentes propuestas de lectura, mejor. En mi caso tengo la suerte de pertenecer a uno, que me ayuda, me enriquece y fortalece en mi quehacer diario como profesor de lengua.

Siempre ha habido preocupación por la lectura, porque se lea más, pero la lectura no ha tenido nunca un rango de prestigio. Todavía nos acordamos de ciertas expresiones, no muy lejanas ni el tiempo ni de la escuela, como “anda deja de leer y haz algo productivo”. Porque leer es eso, dedicar un tiempo maravilloso a algo que no nos reportará beneficios inmediatos. Por lo tanto la lectura, en muchos casos, era una actividad de relleno, para quedar bien, para que ejercitaran la lectura en voz alta y la buena declamación, para examinarse de ella o para responder a esos kilométricos y angustiosos cuestionarios que pondrán de manifiesto si nos hemos enterado o no de lo leído. Con lo fácil que es localizar y contestar, olvidándonos del valor real de la lectura: su disfrute. Eso es precisamente lo que nos interesa: la lectura placentera.

Llegaron nuevas corrientes pedagógicas poniendo el énfasis en esa idea de disfrute, empezaron los estudios sobre la Literatura Infantil y Juvenil (LIJ), la creación de las Bibliotecas de Aula (BA), la supuesta preocupación de las editoriales, las recomendaciones desde diversos colectivos, colegios, bibliotecas... pero ¿cómo materializar todo esto?

La pregunta podría ser: ¿Cómo podemos hacer para que nuestro alumnado se acerque a la LIJ, sea lector y adquiera una mayor competencia literaria?

La respuesta puede ser sencilla: creando un espacio, un tiempo y un material adecuado. Tal vez, estemos hablando de la BA y aunque no existen fórmulas mágicas, me gustaría contar mi experiencia con mis alumnos de Secundaria, y cómo ha ido evolucionando a lo largo de varios años, en un centro pequeño con unos 100 alumnos repartidos en cuatro cursos, uno para cada nivel.

En primer lugar teníamos que estar convencidos de lo que íbamos a hacer, ser amantes de los libros y leer. Después seleccionar el material, los libros, que reunieran unos mínimos en cuanto a calidad literaria, transmisión de valores, verosímiles... en definitiva, de calidad. Queríamos poner en contacto al alumnado con esos libros.

En complicidad con mi primera compañera del área de Valencià, decidimos llevar adelante este proyecto, porque un proyecto entre varios da más fuerza, seguridad y garantía de éxito: leer de una manera placentera, sin exigir nada a cambio, solo leer el libro que hubieran escogido dentro de un listado dado previamente, con la tranquilidad de poder dejarlo en el momento que consideraran.

Una vez garantizado el primer escalón necesitábamos el respaldo del centro, que creyera en él.

La elaboración de nuestra biblioteca fue cuidada y plural, procuramos crear un amplio abanico de lecturas teniendo en cuenta las diferentes capacidades y gustos lectores de nuestro alumnado. Por ello en nuestra BA encontraremos desde álbumes ilustrados hasta clásicos sin adaptar.

El siguiente paso fue buscar un tiempo en nuestra distribución horaria y ser coherentes con lo que queríamos, debíamos crear el espacio y el tiempo para la lectura placentera en las propias clases de lengua dejando de ser esas lecturas amañadas para responder a ocultos exámenes de lectura.

En un principio los libros estaban en clase. Llevábamos de la biblioteca del centro el mayor número posible y les dábamos, además, un listado para que trajeran un libro en cada lengua (castellano y valencià) que al finalizar el curso podrían llevárselo a su casa, de esta forma trayendo solo dos libros tenían opción a leer muchos más. Así estuvimos varios años, pero le vimos limitaciones: la lista era cerrada, todos los años teníamos que ampliarla. Hacíamos cuatro listas, una para cada curso de secundaria y aunque no eran muchos alumnos por clase (máximo 30), la diversidad era amplia.

Pensamos que sería más conveniente ir a la biblioteca y dedicar unas estanterías para los libros de la BA. En esta fase, no les pedimos que trajeran un libro de casa. Pedimos una ampliación de presupuesto para la biblioteca, ya que otro inconveniente era la repetición de títulos cuando ellos los traían, argumentando que no encontraban otros ya que en las librerías había pocos libros de la lista porque era una lista muy "rara". De esta forma al comprarlos nosotros seleccionábamos los libros y evitábamos tanta repetición y, al mismo tiempo, podíamos ofrecer

una BA amplia y variada, preparada para los cuatro cursos, procurando una equidad en el tratamiento de las lenguas y evitando también la duplicidad del título en las dos lenguas ya que iría en detrimento de la lengua minorizada.

Dedicamos una hora a la semana para leer en clase de lengua. Una semana en el horario de valencià y la siguiente en el de castellano. Los resultados eran óptimos, allí acudían a leer sin compromisos, sin nada a cambio, a leer o a imitar que leen, porque es sabido que antes de leer imitamos el acto de la lectura. Donde el primero que leía en silencio también era el profesor.

Previo a inaugurar la BA en la biblioteca, fichamos los libros y los incluimos en una hoja de cálculo, abriendo otra para cada curso. De esa forma podríamos saber el libro que estaba leyendo cualquiera y les refrescábamos la memoria a aquellos-as que no se acordaban. En esa hoja indicábamos cuando finalizaba el libro o cuando lo abandonaba. No había ningún problema.

Más adelante vimos un inconveniente. Veíamos que eran muchos en el aula, las dimensiones de la biblioteca son como las de un aula normal y con ellos moviéndose en los cambios de libro nos llevó a dar una vuelta de tuerca más: decidimos desdoblar el grupo en la hora de Biblioteca con el mismo esquema de trabajo.

En estos momentos nos movemos con un poco más de 700 libros correspondientes a unos 500 títulos diferentes, en las dos lenguas.

Periódicamente vamos presentando nuevos libros que van engrosando las estanterías de nuestra BA, novedades esperadas con cierto entusiasmo y ansiedad.

Para los de 1º ESO, les viene un poco de nuevas, ya que de entrada se encuentran con un amplio volumen de libros que no saben a cuál atender o acudir. Es precisamente en los primeros días del curso escolar cuando me encargo especialmente de explicarles y mostrarles el funcionamiento de la BA, haciendo un paseo por los diferentes libros.

Nuestra "clientela" es variada, encontrándonos con los curiosos de 1º ESO que son los que más libros mueven a lo largo del curso, hasta llegar a unos más exigentes, maduros y constantes de 4º ESO, proporcionando momentos de gran silencio y concentración.

Y de momento estamos muy contentos y satisfechos, y en espera de otra vuelta de tuerca más

Me gustaría acabar este artículo con unas palabras de Teresa Colomer recogidas en una entrevista:

"Tener una buena biblioteca es una de las experiencias que marca. (...) hay que crear espacios escolares adecuados. Hay niños que leen afuera, pero es una minoría. Es la escuela la que tiene que asegurar que todos tengan un tiempo para leer. Necesitas horas para eso, ganar rapidez, ganar mecanismos de anticipación, de verificación que funcionan con la lectura. Ese saber técnico de la lectura se desarrolla en horas de leer. La biblioteca es la que permite eso, que los niños lean a su ritmo." (Teresa Colomer, "Leer es como ser pescador". Revista de Educación de Chile)